

Roma, 1956

He visto la Tierra Santa¹

La piedra perforada

Cuando, desde la azulísima costa del golfo de Beirut, contemplaba la ciudad, recientemente sacudida por el terremoto, sobre las colinas sembradas de millares de casitas, y reanudábamos el vuelo hacia el mar para elevarnos y poder atravesar, al volver, los primeros montes de Palestina, yo no creía que Jerusalén y los Santos Lugares iban a incidir de este modo en mi espíritu.

No había ido allí para una peregrinación. Sí, es verdad que ciertos nombres como Belén, Jericó, Jerusalén o Betania no me dejaban en absoluto indiferente.

Pero la finalidad principal de aquel viaje era un deber que cumplir.

Ya desde Roma, en Ciampino, me había reunido con otros conocidos que se dirigían al mismo sitio. Cuando el bimotor que desde Beirut lleva a Jerusalén aterrizó en el aeropuerto, después de un vuelo afortunado sobre las montañas del Líbano espolvoreadas de nieve, con el monte Hermón a la vista, una persona que me esperaba nos hizo subir a todos en un par de taxis y nos encaminó hacia Jerusalén.

La novedad del encuentro, después de tanto tiempo, las noticias que nos pedíamos y nos dábamos por ambas partes, impidieron que viera a dónde nos dirigíamos.

Hasta que, de pronto, se nos pidió que bajáramos porque los coches no podían continuar. A partir de allí había que subir a pie.

Era una vieja calle de Jerusalén, en cuesta, con alguna que otra escalera de piedra de vez en cuando.

Una calle miserable, de unos tres metros de anchura, donde resonaban los gritos de los mercaderes que, a derecha e izquierda, vendían sus mercancías; exhalando un olor que era una mezcla de sudor, de suciedad, de pieles de animales, de frutas perfumadas, de guirnaldas de varios colores. Gente que iba y venía a codazos, llevando las vestimentas más variadas de oriente y occidente. Las tiendas estaban situadas en los soportales de las casas antiguas y también en los sótanos, bajo bóvedas viejas que hacían más sombrío el ambiente, y con la gente, con las moscas que rondaban en torno a los pasteles, a las ovejas y a las cabras. Rostros oscuros, bajo el turbante blanco suelto, de hombres resignados o poco resignados a aquella vida de miseria. Rostros invisibles de mujeres, cubiertos por un velo negro.

Subimos, y a lo largo de este *bazar* –así lo llaman sus habitantes– de vez en cuando el amigo, que ya lo era nuestro, nos indicaba una puerta un poco más limpia que las demás, que no se sabía si pertenecía a una casa o a una capilla –pero que, de cualquier forma, estaba situada entre las casas– y nos decía: «Ésta es una estación, ésta es la tercera, ésta es la cuarta... Aquí Jesús se encontró con María, aquí con el Cirineo...». Aquella calle era evidentemente la *via crucis*, la que Jesús recorrió en aquel tiempo.

Y seguía siendo una «*via crucis*» para quien allí habitaba, lo mismo que para quien por allí pasaba.

Unos metros más arriba se nos anunció: «Estamos en el Sepulcro; aquí, en esta iglesia, sostenida por un armazón fortísimo, antiestético, está lo más sagrado que pueda imaginarse: el Calvario y el Sepulcro». En realidad, estaba un poco preparada para afrontar aquel lugar, porque aquellos quinientos metros que precedían habían puesto en mi alma un vivo sentimiento de dolor y casi de espanto. Me parecía como si Jesús estuviera todavía en manos de la gente de aquel tiempo, y que pleitos sin fin impedían a quien tenía derecho de custodiar con amor y veneración, piedra a piedra, los lugares por donde Él había pasado.

¹ Texto publicado. De Chiara Lubich, *Escritti spirituali/1 = Escritos Espirituales /1*, Madrid 1995. pág 173-197

Entramos; doblamos alguna esquina de la iglesia que no recuerdo, subimos una escalerita estrecha, estrecha, con el mármol gastado por los millones de peregrinos que la han subido, y nos encontramos ante un altar. Allí podían celebrar también los greco-ortodoxos y los armenios.

Un guía nos mostró a través de un cristal, que custodiaba una roca, un agujero, y dijo: «En este orificio fue colocada la Cruz».

Inadvertidamente, sin decírnoslo, nos encontramos todos de rodillas.

Yo, por mi cuenta, tuve un momento de recogimiento.

En aquel orificio fue plantada la Cruz... *la primera cruz*.

Si no hubiera existido aquella primera cruz, mi vida y la vida de millones de cristianos que siguen a Jesús llevando su cruz, mis dolores y los dolores de millones de cristianos, no habrían tenido un nombre ni habrían tenido un significado. Él, que allí fue levantado como un malhechor, dio valor y razón al mar de angustia que golpea y en el que está sumergida, a veces, la humanidad y, con frecuencia, cada hombre.

No le dije nada a Jesús en aquel momento. Había hablado aquella piedra perforada.

Sólo añadí, como un niño estático: «Aquí, Jesús, quiero plantar una vez más mi cruz, nuestras cruces, las cruces de cuantos te conocen y de cuantos no te conocen».

Salí del Sepulcro con algo muy distinto de antes, con la confianza, llena de esperanza, de que aquel cielo de Jerusalén, que ahora cubre a una multitud de hermanos alejados, pudiese un día oír de nuevo, dirigidas a alguien que va en busca de un hermano no unido plenamente, las palabras del Ángel a María Magdalena: «Ha resucitado; no está aquí»².

Las piedras que hablan

Siete días duró mi estancia en Palestina. Siete días en los que tuve ocasión de ver, en la misma Jerusalén y fuera de ella, muchos Santos Lugares.

No recuerdo el itinerario de las visitas, pero los lugares los tengo profundamente grabados: Betfagé, el Gallicantus, la escalera de piedra del testamento de Jesús, Getsemaní, la fortaleza Antonia, donde Pilatos expuso a Jesús al público diciendo: «Aquí tenéis al hombre»; el lugar de la Asunción de la Virgen, ahora de propiedad greco-ortodoxa; el lugar de la Ascensión, encerrado en un «kiosco», ahora en manos de los mahometanos; después Betania y la carretera que va de Jerusalén a Jericó, mencionada en la parábola del buen samaritano; después, Belén...

Toda una serie de nombres dulcísimos, que ni la vida ni la muerte lograrán borrar.

Y entrada la noche, alzando los ojos al cielo, bañado de estrellas cargadas de luz, cielos que aquí en Italia ni se pueden soñar, sentí una extraña y lógica afinidad entre aquel firmamento y aquellos lugares.

Emaús nos acogió en una tarde soleada. Recuerdo las piedras de la carretera por donde Jesús había pasado en medio de los discípulos; y recuerdo la acogida más que fraterna que nos dieron los padres franciscanos del lugar. Ellos desean ser hospitalarios con los peregrinos, como lo fueron un día los dos discípulos con Jesús. Nos ofrecieron de todo, después de la visita al lugar santo, con una franca sonrisa y un corazón grande. Al final, no sabiendo ya que darnos, nos regalaron unas flores. Cuando subimos al taxi para volver a Jerusalén, un sol rojo-dorado teñía todo aquel lugar y la inscripción que encabezaba la cancela de entrada: «Quédate con nosotros, Señor, porque atardece»³, recogió a todos los presentes en un sentimiento mezcla de conmoción y divina nostalgia.

Betania la vi a pleno sol y, subiendo las callejuelas que llevan a la tumba de Lázaro, me parecía oír de nuevo las palabras de Jesús a Marta: «Una sola cosa es necesaria...»⁴.

² Mc. 16, 6.

³ Lc. 24, 29.

⁴ Lc. 10, 42.

Visité Betfagé, con la piedra, venerada todavía, donde Jesús habría puesto el pie para montar sobre la borrica y encaminarse hacia Jerusalén entre los ramos de olivo y los hosannas de la multitud. Getsemaní y el Huerto, espléndido jardín, me hicieron permanecer recogida y afligida en la linda iglesia decorada con gusto, iluminada de violeta, que encierra en su corazón una piedra enrojecida ahora por una luz, en otro tiempo por la sangre de Jesús. Me parecía ver a Jesús allí, pero no me atrevía a imaginármelo.

Después el Gallicantus, donde al gallo cantó, y la escalera todavía bien conservada, al aire libre, entre el verde de los prados y las plantas que la flanquean. Conduce desde Sión al torrente Cedrón.

Aquí el Maestro, ya próximo a la muerte, con el corazón lleno de ternura hacia sus discípulos, elegidos por el Cielo, sí, pero todavía frágiles e incapaces de comprender, elevó al Padre su oración en nombre propio y en nombre de todos aquellos por quienes había venido y por los que estaba dispuesto a morir: «Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros» 22. Allí, Jesús le había suplicado al padre que nos *ahijara*, aunque estuviésemos alejados por nuestra culpa, y que nos *hermanara* entre nosotros en la más firme, por ser divina, unidad.

Vi muchos otros lugares, seguí muchas calles que Jesús había recorrido, observé lugares que Jesús había observado, pasaron ante mis ojos piedras, piedras y más piedras...

Y cada piedra decía una palabra, mucho más que una palabra, de modo que, al final, el alma estaba totalmente inundada, totalmente llena de la presencia de Jesús.

Recuerdo con toda claridad que, al séptimo día, me había olvidado literalmente de mi patria, de mis conocidos, de mis amigos, de todo. Yo me veía allí, inmóvil y estática, espiritualmente petrificada entre aquellas piedras, sin otra misión que la de estar y adorar. ¡Adorar con el alma fija en el Hombre-Dios, que aquellas piedras me habían explicado, desvelado, cantado y exaltado!

Un solo pensamiento me sacudió y me hizo volver.

También en Italia había un lugar que valía más que aquellos lugares, donde yo podía encontrar a Jesús vivo: era el sagrario, cualquier sagrario con Jesús eucaristía.

Mientras el avión nos traía de regreso, pensando y meditando, comprendí, por primera vez, cómo algunos musulmanes se quitan la vista después de haber contemplado la Meca y los lugares sagrados para ellos, porque –según dicen– ya no tienen nada mejor que ver.

Nosotros no; con el Dios de los vivos podemos tener los ojos abiertos, *incluso después de haber visto*

la Tierra Santa, con tal de que no veamos *más que a Jesús*, a Jesús en la Hostia Santa, a Jesús en los hermanos, a Jesús en las circunstancias alegres o tristes de la vida.